

Juan Antonio Estrada



De la salvación a un proyecto de sentido

Por una cristología actual

2ª edición



Desclée De Brouwer

JUAN ANTONIO ESTRADA

**DE LA SALVACIÓN
A UN PROYECTO DE SENTIDO
Por una cristología actual**

2^a edición

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO

“Aparece a veces sobre la tierra una especie de continuación del amor, en que aquel ávido deseo que experimentan dos personas, una hacia otra, deja lugar a un nuevo deseo, a una ansia nueva, a una sed común, superior, de un ideal colocado por encima de ellos. Más ¿quién conoce ese amor? ¿quién le ha sentido? Su verdadero nombre es *amistad*”. (F. Nietzsche, La gaya ciencia).

“Nuestra fe en otros delata lo que nosotros quisiéramos creer gustosos de nosotros mismos. Nuestro anhelo de un amigo es nuestro delator (...) Si se quiere tener un amigo hay que querer también hacer la guerra por él: y para hacer la guerra se debe poder ser enemigo (...) Un adivinar sea tu compasión: que tú primeramente sepas, si tu amigo quiere compasión. Tal vez, él ame en ti los ojos firmes y la mirada de la eternidad” (F. Nietzsche, Así hablaba Zaratustra).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
1. LOS ORÍGENES E IDENTIDAD DE JESÚS.....	29
1. Jesús y las cristologías	31
2. Los orígenes de Jesús	43
3. El código familiar de identidad	59
2. VOCACIÓN Y EVOLUCIÓN DE JESÚS	69
1. Jesús como discípulo de Juan el Bautista	69
2. El bautismo como vocación de Jesús	77
3. Jesús, el hombre del Espíritu	82
4. Las tentaciones de Jesús	93
5. Cómo fue cambiando Jesús.....	109
3. EL PROYECTO DE SENTIDO DE JESÚS	119
1. El señorío de Dios en la sociedad	119
2. Un proyecto iniciado e incompleto	132
3. El código de felicidad de Jesús	139
4. Replantear la religión	152
4. LA FE DE JESÚS PUESTA A PRUEBA	167
1. La última cena como prólogo a la pasión	170
2. El miedo y la oración del huerto	186
3. La traición de los discípulos	198

5. ¿UNA MUERTE SIN SENTIDO?	205
1. El juicio religioso de Jesús	206
2. El proceso político	218
3. El sin sentido de la crucifixión en Marcos	231
4. La culpa colectiva en Mateo	241
5. El perdón de Dios y el de los hombres	245
6. La realeza del crucificado	254
6. DEL FRACASO A LA ESPERANZA	259
1. El significado de la resurrección	259
2. La resurrección en los evangelios	268
3. La narración de Marcos como referencia	276
4. La apologética del evangelio de Mateo	285
5. La identidad del resucitado en Lucas	293
6. El Cristo exaltado del evangelio de Juan	304
7. LAS DIFERENTES CRISTOLOGÍAS	315
1. La resurrección desde la perspectiva actual	315
2. La cristología de Pablo	331
3. La resurrección en clave eclesiológica	345
4. Las nuevas consecuencias teológicas	350
8. LA OFERTA DE SENTIDO DEL CRISTIANISMO	365
1. La necesidad de modelos y la promesa de plenitud ..	368
2. La imitación y seguimiento de Cristo	382
3. La crisis actual de la Iglesia	390
4. El cristianismo como oferta de sentido	401

INTRODUCCIÓN

Cómo encontrar sentido a la vida, cuáles son los criterios para discernir el bien y el mal en la propia experiencia, cómo vivir una vida lograda, que merezca la pena y responda a las carencias y necesidades humanas. Estas son algunas de las preguntas fundamentales del ser humano y todas ellas se resumen en la de qué es ser persona. La racionalidad y la libertad han servido para responder a la pregunta por la esencia humana y para establecer las diferencias entre el animal humano y el resto de los seres vivientes. A diferencia de los animales, que rigen su conducta siguiendo sus instintos naturales, el hombre tiene que plantearse cuál es el camino experiencial que va a recorrer, ya que los instintos son insuficientes para guiarle. Hay que hacerse un plan de vida que genere sentido, plenitud y felicidad¹.

La personalidad humana está marcada por el contexto cultural, por la familia, la educación, la religión y el código sociocultural en el que vivimos. Aprendemos a ser personas, como también un lenguaje y una forma de comportarnos. Es decir, adquirimos una personalidad, una identidad que depende de la sociedad y el entorno cultural en el que vivimos. Por otra parte, la identidad personal es

1. Juan A. ESTRADA, *El sentido y el sinsentido de la vida. Preguntas a la filosofía y a la religión*, Madrid, 2010. El presente libro se ofrece como un complemento y aplicación de este texto, que es el punto de partida. El proyecto de vida de Jesús es el que sirve de inspiración.

el resultado de las propias opciones, de los compromisos que asumimos, de cómo reaccionamos ante las situaciones y las actitudes que tomamos. El hombre es un producto social, en cuanto que la sociedad y sus estructuras moldean la identidad. Pero también, el ser humano se produce a sí mismo, se crea una personalidad a lo largo de su historia. Vivimos siempre la tensión entre la sociedad, familia, educación y religión a la que pertenecemos, y en la que nos socializamos, y el riesgo de un proyecto personal que hay que realizar y asumir. La tensión entre nuestra condición social y nuestra individualidad singular es constitutiva de la personalidad.

Desde distintas perspectivas se ha analizado la condición humana, subrayando la tensión entre la pertenencia y el proyecto; entre el nosotros, el colectivo del que provenimos, y el yo personal que se constituye; entre la búsqueda de seguridad, que nos lleva a seguir el comportamiento de la mayoría, y la libertad, que pone en primer plano la autonomía del yo, la creatividad propia y la autenticidad. Cronológica y evolutivamente, lo primero es la dependencia, el crecer y ser desde la relación con los otros, la necesidad de sentirse acompañado, protegido y tutelado en una progresiva apertura al mundo y a las relaciones personales. La cultura y la educación son los cauces para humanizar al animal, según Adorno, los determinantes de la especificidad humana. Por eso, la pertenencia es esencial. Lo segundo, pero no menos necesario que lo primero, es la maduración personal, la vocación de la libertad que lleva a buscar nuevas relaciones y a entrar en contacto con otras realidades, saliendo del ámbito familiar y seleccionando la herencia cultural, educativa, ideológica y religiosa recibida. La relación con los otros es determinante en la constitución de la identidad personal, pero ésta no se reduce a esa vinculación, sino que se plasma en un proyecto personal, guiado por la razón y por la libertad, que va configurando el proceso de la vida de cada persona.

Este proceso es universal, pertenece a la constitución humana y es válido para todos, pero también es personal, en cuanto se desarrolla desde una personalidad propia y en un contexto social e histórico dado. Pertenecemos a la sociedad pero no podemos aban-

donarnos a los dictados de esta, a las costumbres, tradiciones e ideologías, y formas de actuar de los otros. La identidad humana tiene que realizarse en un proyecto personal, huyendo de las patologías y desviaciones que la amenazan. Por un lado, tiene que superar la tentación del “destino”. La vida es un destino, en cuanto se nos imponen unas circunstancias y formas de ser que no hemos elegido, que forman parte de nuestra identidad natural, biológica y sociocultural, comenzando por la familia. Las circunstancias influyen en la identidad personal, incluso antes de haber nacido y de tomar decisiones propias: Como feto humano vivimos en el vientre materno y comenzamos a recibir el influjo de la sociedad, mediante la madre que actúa como puente. El carácter trágico del hombre es que antes de nacer, ya comienza a estar condicionado, y que la infancia es determinante del proyecto que se despliega en la adultez. Cuando menos personalidad y capacidad de libertad tenemos, ya estamos influidos y pre condicionados. La libertad de que gozamos es limitada y marcada por las circunstancias, que forman parte de nuestro yo, como recordaba Ortega y Gasset. Pero el destino que se nos impone y no hemos elegido, deja paso a la vocación personal y a las capacidades que posibilita la libertad. El destino del hombre no está escrito por la “moira”, el fato o el destino cósmico de planetas y signos del zodiaco.

Cada persona tiene que recorrer su propio camino. Según cómo afronte las situaciones y circunstancias de su entorno, así también desarrolla su proyecto de vida. Y como es insuficiente el proyecto global y social, el que ofrece el código cultural, hay una indeterminación y variedad de posibilidades que hacen imprevisibles las formas de realizar la vida. Ahí surge el problema del sentido y las preguntas que la acompañan. Cada persona se plantea, de manera reflexiva y temática cómo vivir y qué proyectos le permitirían realizarse. Si hay una naturaleza humana que trasciende la mera animalidad, es inevitable que surja la pregunta por el sentido, por la dirección que va a dar a su vida y las necesidades materiales y culturales, naturales y espirituales, que hay que satisfacer. El animal no se pregunta por el sentido de la vida, porque ya lo tiene resuelto,

y cuando el hombre lo plantea de forma expresa y reflexionada, es porque se ha vuelto problemático. La diversidad abre espacio a la riqueza humana y a la multiplicidad de formas de realizarse, pero es también causa de inseguridad, porque hay que elegir entre varias conductas y códigos socioculturales. Cuando se dan momentos históricos de cambios rápidos y profundos, como está ocurriendo ahora, aumentan las posibilidades de creatividad y de libertad, y también sus riesgos, a causa de escoger una forma de vida equivocada.

Este es el marco en el que vivimos. El de una sociedad en transición en una época de evolución universal, que se agudiza en la sociedad española, que se ha mutado completamente en el espacio de cincuenta años. El mundo está cambiando y resulta cada vez más difícil pronosticar, a corto y medio plazo, qué es lo que hay que hacer, cuáles son los objetivos preferentes que hay que atender y cómo satisfacer las necesidades humanas. Por eso se multiplican las crisis, comenzando por la de la familia, la escuela y la educación, marcada por la especialización y la subordinación de las humanidades a las ciencias. Hay un cambio global de la sociedad, marcada por la movilidad y la irrupción de nuevos grupos culturales. Las estructuras económicas, políticas y sociales están desbordadas por los cambios y no son capaces de ofrecer cauces para asimilarlo. Estamos cerrando una era, como ocurrió en 1492 o en 1789, y comenzando otra, en la que nos han cambiado las preguntas y problemas, al mismo tiempo que resultan insuficientes las viejas respuestas y soluciones.

En este contexto hay que abordar también la crisis actual de la religión, concretamente la del cristianismo en sus diversas confesiones. En los inicios del cambio económico y sociocultural, en la década de los sesenta, el Concilio Vaticano II intentó adelantarse a la crisis que se avecinaba y ofrecer nuevos caminos a los cristianos. Una intuición certera de Juan XXIII era que había que actualizar la Iglesia (“aggiornamento”) y revisar su herencia histórica y cultural. La estructura y organización eclesial se había quedado desfasada y era inadecuada para responder a los nuevos retos de la sociedad democrática y secularizada. La crisis actual está condi-

cionada por las limitaciones del Vaticano II, que tuvo que asumir compromisos por la polarización interna entre renovadores y tradicionalistas. Además hubo cambios y rectificaciones en el post-concilio, regidos por una élite episcopal conservadora, a diferencia de la que fue mayoría conciliar en los sesenta. El resultado es la crisis actual, escenificada en el jubileo del segundo milenio. La Iglesia tiene que evangelizar una sociedad secularizada, laica y, en buena parte, post religiosa, desde unas estructuras e instituciones que, básicamente, son las mismas que en Trento y en el Vaticano I. Ha cambiado algo, para que nada cambie de fondo. Las instituciones eclesiásticas están desbordadas y no son capaces de responder a necesidades diferentes de aquellas para la que fueron creadas. Hay que ofrecer alternativas a una sociedad que surgió en el siglo XIX con la oposición mayoritaria de la iglesia católica. En este marco entra en crisis la oferta de sentido de la Iglesia, que pierde irradiación e influencia.

Para renovarla hay que volver a inspirarse en los orígenes del cristianismo. El proyecto de Jesús² es la fuente de inspiración de los cristianos, pero se comprende hoy de forma diferente a partir de los cambios en la exégesis y en la teología. Tradicionalmente, la imitación y el seguimiento de Cristo constituyen el eje estructural de la experiencia cristiana. Pero ambas formas hay que actualizarlas para el nuevo modelo de sociedad. La actual época histórica entiende de forma distinta a las anteriores la identidad humana y en qué consiste el proyecto de sentido de cada persona. Las preguntas de sentido son universales y valen también para el mismo Jesús. Por eso, analizar su vida y las distintas interpretaciones que surgieron después de su muerte, puede servir de orientación y de referencia para los que buscan hoy un proyecto de sentido para su vida.

La pregunta de sentido responde a la oferta de salvación de las religiones. Estas quieren mostrar cómo vivir a partir de sus fundadores. Desde la perspectiva cristiana, Jesús es el nuevo hombre, que viene a mostrar cómo realizar el plan de Dios sobre la humani-

2. José M. CASTILLO y Juan A. ESTRADA, *El proyecto de Jesús*, Salamanca, ⁷2004.

dad y el camino de la salvación. Esta no se refiere sólo al más allá de la muerte, sino que se actualiza en una vida con sentido, en una forma de existencia que vale la pena. La cristología es el referente para la antropología, ya que Jesús muestra cómo y en qué consiste la humanización del hombre. Y lo novedoso es que realizar la propia humanidad es la mejor forma de acercarse a Dios, de divinizarse. Jesús muestra cómo ser persona en función de unos valores, los de reino de Dios, que son también divinos, porque actualizan lo que Dios quiere. Lo radical del proyecto de Jesús está en su humanidad como la forma histórica de la filiación divina. Su comprensión de Dios trastorna las concepciones religiosas acerca de lo divino y lo humano. Los preceptos religiosos se subordinan a valores humanos que defender, que son también los de Dios. La humanización de Jesús es su crecimiento divino, porque ambos convergen. Seguir este proyecto y reflexionar sobre su actualidad es el propósito de este libro, que responde a la demanda actual del cristianismo como un proyecto de vida.

La estructuración y contenido del libro

El punto de partida es la vida misma de Jesús, que es la referencia desde la que se construyeron las cristologías, es decir, las interpretaciones globales que ofrecieron los cristianos sobre el significado de Jesús. El cristianismo responde al sentido de la vida con una forma concreta de existencia, la de Jesús de Nazaret, vista desde la perspectiva de su muerte y resurrección. Esta triple perspectiva, la de una forma de vida concreta y la del significado de su muerte y resurrección, constituye el núcleo de la oferta cristiana, actualizada a lo largo de la historia. La forma de vida cristiana se replantea hoy: ¿Qué puede aportar una vida de hace dos mil años a la problemática actual? ¿Es posible inspirarse en las narraciones bíblicas? ¿Se puede encontrar en ellas un sentido vital que interese incluso a los que no se consideran cristianos? ¿Dados los condicionamientos sociales y culturales de la vida de Jesús, podemos inspirarnos en su proyecto de vida para aplicarlo a nuestra sociedad?

Para responder a estas preguntas hay que establecer el significado del Jesús histórico y su relación con los evangelios, que refleja la fe de la Iglesia. Tendremos en cuenta los problemas del método histórico crítico y las cuestiones planteadas por las distintas oleadas y búsquedas acerca de Jesús, aunque no haremos referencias explícitas a las discusiones más especializadas al respecto, excepto en algunas indicaciones puntuales en notas a pie de página. Partimos de los consensos establecidos por el método histórico crítico sobre autores, fuentes de cada evangelio, influencias y trabajo redaccional de cada obra, utilizando la bibliografía indicada para cada temática, que reflejamos en las notas. Se analizan los conflictos y convergencias resultantes de los cuatro evangelios, que son biografías teológicas, más interesadas en contarnos el significado de Jesús que en contar hechos históricos. Desde ahí hay que comprender las cristologías ascendentes y descendentes, es decir, las dos tipologías tradicionales para interpretar a Jesús; la relación entre las Escrituras del Nuevo Testamento y las tradiciones eclesiales posteriores; y la continuidad y discontinuidad entre la forma actual de comprender a Jesús y la visión que tenían las iglesias primitivas.

Todo esto se clarifica desde los orígenes de Jesús, es decir, desde los evangelios de la infancia de Lucas y Mateo, y el prólogo del evangelio de San Juan, que presentan la identidad divina de Jesús como el punto de partida para su vida pública. Ya antes de comenzar a hablar de Jesús, se afirma que es el hijo de Dios, siendo esa filiación el núcleo fundamental de los relatos sobre su concepción y nacimiento, y sobre la encarnación de la palabra divina en el Jesús terreno. El problema, sin embargo, no está sólo en si se puede llamar o no a Jesús hijo de Dios, sino en qué entendemos por filiación y cómo concebimos quién y cómo es Dios. Y esto es lo que intentan responder las distintas cristologías del Nuevo Testamento. Los orígenes de Jesús ofrecen las claves teológicas de cada evangelio para comprender el sentido de la vida de Jesús, además de presentarnos su conflicto familiar y las tensiones entre sus familiares y vecinos, y los discípulos, que jugaron un papel en la narración de cada evangelio. El entorno familiar es clave para la

identidad de cada persona y su proyecto de vida, siendo también determinante para comprender la vocación de Jesús y su forma de entender la vida pública.

Esta vocación, que presupone cambios, se analiza en el capítulo segundo, referido a la evolución y crecimiento de Jesús, que aprende cómo ser Hijo de Dios desde su progresiva toma de conciencia como hijo del hombre. El bautismo es la clave para comprender su transformación, cómo sale del anonimato y se convierte en el misionero del reinado de Dios. Se perfila así su proyecto de vida, el sentido que ofrece a la sociedad y a la religión, y la progresiva identidad que va adquiriendo en un crecimiento humano marcado por la gracia y la unción del Espíritu. La vocación de Jesús se clarifica a la luz de las tentaciones, que explicitan sus tensiones internas e iluminan las dudas y conflictos de sus discípulos, y luego de la iglesia cristiana. Se evalúa la progresiva clarificación de Jesús sobre su vocación y su misión. Se abre a la voluntad de Dios, con el que se relaciona desde una paternidad maternal y espiritual. Jesús está ungido por el Espíritu, el cual le guía, inspira y motiva en un proceso que le lleva a tomar distancia de Israel, como pueblo de la alianza, en favor de una apertura a los paganos, que se consuma en la resurrección. Jesús aprende del libro de la vida, y comienza a re-interpretar las viejas escrituras y a reformular las demandas de la religión. Va surgiendo un proyecto de sentido en el que hay crecimiento cognitivo y santificación, que genera la semejanza a Dios propuesta por la tradición hebrea como meta del ser humano.

De esta conciencia identitaria surge la misión, centrada en la instauración del reinado de Dios en la sociedad judía y la consiguiente transformación de la religión hebrea. Es lo que se analiza en el capítulo tercero, que muestra qué es lo que Jesús entiende por reinado de Dios, cuáles son los valores que lo determinan, y qué consecuencias tiene para las relaciones de los discípulos entre sí, con Jesús y con Dios. La dinámica del reino de Dios, que cobra otro significado tras su muerte y resurrección, obliga a replantear la religión judía. La inversión de la concepción tradicional de salvación está en que se pasa de ir al cielo, entendido como el más

allá después de la muerte, a proclamar que el reino de los cielos se hace presente en la historia. La encarnación de Dios pasa por la irrupción histórica de la salvación, que se ofrece como un proyecto de vida y una oferta de sentido para todo el que se abre al mensaje de Jesús.

En este marco, la misión de Jesús desborda el ámbito de la religión judía, a la que transforma, y se abre a todos, más allá de las fronteras de Israel. Por otra parte, se da un desplazamiento en el centro tradicional de interés de la religión, más preocupada por el honor de Dios y el pecado como atentado a la majestad divina, que por el sufrimiento humano y su necesidad de sentido. Lo que interesa a Jesús es la situación de los hombres y la salvación no se circunscribe a la esfera de lo sagrado o al ámbito de lo religioso, sino que se realiza en la vida cotidiana y en medio de las circunstancias en que vive la gente. De ahí, la fascinación que despierta su mensaje y los miedos que produce en las autoridades religiosas y en las políticas. Otra sociedad y religión son posibles, desde la perspectiva del reinado de Dios. Y este proyecto de Jesús evoluciona, necesita ser actualizado y aplicado en las situaciones cambiantes de la historia. Para esto Dios convoca al hombre, llamado a ser co-creador y agente del cambio religioso y social. Así se asemeja a Dios por mediación de Jesús, que llama a su seguimiento e imitación, así como a dejarse inspirar por la acción del Espíritu. El mensaje del reino de Dios pone el acento en la vida, más que en la religión. La cual se evalúa desde su potencialidad para ofrecer sentido y plenitud, que es la premisa desde la que se puede hablar de una esperanza de salvación más allá de la muerte.

Una vez analizado el proyecto de vida del reinado de Dios hay que analizar los obstáculos para su realización y las causas que llevaron al ajusticiamiento de Jesús. El capítulo cuarto se centra en el significado de la última cena, que es simultáneamente la conclusión de su vida pública y el comienzo de la pasión. Este relato se contiene en los evangelios de forma distinta, se explica desde tradiciones autónomas y ha sido siempre central en la vida cristiana. Se escenifica la obediencia última de Jesús que culmina su pro-

existencia, su vida entregada a los demás, ahora simbolizada por el cordero pascual, su cuerpo roto y su sangre derramada. Jesús se ofrece a Dios por su pueblo y por muchos. Se identifica con una comida que responde a las necesidades más hondas del hombre, a su ansia de salvación y de sentido. La actitud de Jesús en la cena anuncia los rasgos específicos de la pasión en cada evangelista. En ella se explica la forma de su inserción en la alianza de Israel y Dios. También la comunión de vida, simbolizada en la comida compartida, que transforma a los discípulos y los cambia, como ocurre con el pan y el vino. El relato de la última cena pone en marcha el proceso de la pasión y de la subsiguiente entrega del Hijo del hombre por sus discípulos. Que una comida compartida se convierta en un acto simbólico central para el cristianismo, un sacramento mayor, se debe a una forma de entender lo que es el ser humano y del servicio que tiene que prestar la religión.

Esta perspectiva se completa con otra escena cargada de simbolismo y de densidad teológica, la oración en el huerto. Marca el momento clave para Jesús, que siente el miedo al sufrimiento y a la muerte, recurre a la oración y busca la compañía de sus discípulos. Estas tres dimensiones están marcadas por la prueba, por la deserción de los cercanos, que duele más que la persecución de los enemigos, y la soledad radical y última del hombre frente a un destino histórico que se le impone. Es la consecuencia de la actividad que ha desarrollado y de las metas que ha perseguido, no de un plan divino que lo predestina. Para Jesús es un momento de hondura, sólo ante Dios y ante los demás. Se siente cuestionado en su fidelidad y tentado de buscar una acción milagrosa que le libre del sufrimiento y de la muerte. No hay impasibilidad y dominio de sí en Jesús, en la línea de Sócrates o Buda, sino aceptación y petición a Dios desde la fidelidad a aquello por lo que ha luchado y vivido. Ha llegado el momento de la verdad para Jesús, que cada evangelista cuenta a su modo, desde la crudeza de Marcos que no alude a consuelo divino alguno, hasta el señorío y aceptación plena del evangelio de Juan, que elimina los elementos de prueba que se dan en la pasión.

Estas dos escenas son claves hermenéuticas para comprender los posteriores relatos de la pasión. Se completan con el prendimiento y el abandono de sus discípulos. No lo han comprendido durante su vida pública y lo abandonan cuando llega la hora clave. En este marco hay que comprender la traición de Pedro, representante de todo el grupo, desde una fidelidad mal entendida a Jesús. Es también el prototipo de los ministros y autoridades cristianas, que viven de la herencia petrina y son avisados de las posibilidades de traicionarle. Los que han seguido a Jesús toman distancia del maestro, hasta la huida final, simbolizada en el prendimiento. El miedo se impone a la fe, y se simboliza en la triple negación de Pedro, que muestra la distancia de su pasado de seguimiento. El cristianismo está marcado por la ambigüedad de los discípulos y la deserción de sus autoridades, tanto más vulnerables a la tentación cuanto más autosuficientes se proclaman, como Pedro en la última cena. De ahí, la importancia del lavado de los pies a los discípulos y la imitación de Jesús al humanizarse desde el abajamiento. Todo esto hay que verlo desde la vida pública, que sigue siendo el referente de sentido para comprender los acontecimientos de la última cena, Getsemaní y la fuga de los discípulos. La clave de la pasión no está en ella misma, sino en lo que la antecede, en las luchas de Jesús para instaurar el reino de Dios y cambiar la religión y la sociedad judía.

El doble proceso religioso y político que llevó a la condena de Jesús es el objeto del capítulo quinto. Se trata de una historia mil veces repetida en el “matadero de la historia” (Hegel). La victoria de los victimarios sobre las víctimas; el asesinato de aquellos que quieren cambiar la sociedad y la religión; la del mal y la injusticia que triunfa sobre el bien. El triunfo del mal es la gran prueba de sentido para el cristianismo y para todos los hombres. El gran peligro de la pasión es que las cristologías posteriores, sobre todo de Pablo y de Hebreos, desplacen el significado de los evangelios que cuentan por qué, cómo y cuándo fue ajusticiado Jesús. Por eso hay que analizar las dimensiones del proceso: primero su vertiente religiosa, que clarifica la patología de las religiones y los peligros

de la autoridad religiosa cuando quiere defender a Dios. Luego hay que estudiar el proceso político; la alianza entre el poder secular y las autoridades religiosas; la crítica de los evangelios a la razón de Estado y cómo el pueblo se deja arrastrar por las autoridades y comete un asesinato colectivo. A la luz de la pasión, se cuestiona la vida misma de Jesús. ¿Vale la pena una libertad que lleva a un final tan trágico? ¿Se puede hablar de un paralelismo entre lo que significa la cruz para el cristianismo y lo que supuso el holocausto en el siglo XX para los judíos? ¿Se puede creer en Dios y en su alianza, a la luz del silencio y no operatividad de Dios en la historia?

Una vez analizado el complejo proceso teológico que lleva a la condena a muerte de Jesús, hay que estudiar el significado de la crucifixión, que plantea de nuevo el problema del mal en la historia y la no intervención divina. La cruz fue un shock para la comunidad de discípulos, porque implica el fracaso del proyecto de Jesús. Es el “sinsentido” último de su vida y de su obra, que lo pone a prueba. Tiene que abordarlo desde la soledad radical, de su familia, discípulos y del mismo Dios. Jesús muere derrotado y con el interrogante de si no era un blasfemo, abandonado por Dios en el momento último. Esta presentación es más radical en el evangelio de Marcos que en los otros, y hay que analizar cómo intenta explicar cada evangelista su muerte. Se plantea también el problema de la culpa y del perdón, ya que sólo las víctimas pueden perdonar a los culpables y nadie puede sustituirlas. Un caso a estudiar aparte es el del evangelista Juan, que subraya la realeza y señorío de Jesús en el momento de su mayor fracaso. La identidad filial de Jesús irradia, dando pie a cristologías populares posteriores como las de Jesús Nuestro Padre, el Gran poder y Cristo Rey, paradójicamente crucificado. De estos relatos surge un nuevo significado para la muerte y una oferta de sentido para la vida. La salvación se hace presente en lo que, desde la racionalidad histórica, es su mayor contra signo.

El capítulo sexto se centra en los relatos evangélicos de la resurrección. Primeramente, hay que encuadrar la resurrección en el contexto de la fe del pueblo judío. También, hay que analizarla

como respuesta a la muerte, a la que interpretan todas las religiones, cada una de ellas con su propio imaginario o escenificación. Hay un rechazo común a la muerte como lo último y definitivo, desde él se explica buena parte de la fascinación que ejercen las religiones. La salvación que busca toda persona rebasa la frontera que establece la muerte. La pregunta es si esta dinámica responde a una intuición humana, a la inspiración de Dios, o es sólo una creación ficticia e ilusoria. Por otro lado, la resurrección corre el peligro de convertirse aislada en el centro del mensaje cristiano, a costa de la vida de Jesús. Plantea también un problema nuevo: el proyecto de sentido de Jesús tiene valor porque hay resurrección, con lo que ésta sería una recompensa por cómo se ha vivido, o por el contrario, la vida de Jesús tiene valor en sí misma, haya o no resurrección. En este marco se encuadra el anuncio cristiano que corresponde a una visión unitaria y no dualista del hombre. En un segundo momento se analizan los aspectos comunes de las cuatro relatos evangélicos, cómo siguen un esquema que trata la resurrección, la exaltación o glorificación de Cristo, simbolizada por la ascensión, y la donación del Espíritu. Todas son dimensiones de un proceso único, que cada evangelista narra de forma diferente. Que se haya impuesto el planteamiento lucano no significa que no haya que tener en cuenta las otras versiones de los evangelios.

A partir de ahí, se estudia cada relato de la resurrección de forma diferenciada. Una vez más, el relato de Marcos es el más duro y exigente, el que más problemas plantea a los cristianos. En buena parte, los evangelios posteriores intentan retocarlo, completarlo y dulcificarlo, dado que dejan en muy mal lugar a los discípulos, y en parte a las mujeres que fueron los primeros testigos de la resurrección. Se subraya el trasfondo cósmico del evangelista Mateo, en correspondencia estricta con la descripción de su muerte, así como su clara apologética respecto de los judíos. También, su insistencia en que Cristo resucitado permanece en la comunidad de discípulos, sin alusión a una ascensión. Lucas, por el contrario, diferencia entre resurrección, ascensión y pentecostés, marcando el tiempo de Jesús y el de la Iglesia. Todo lo supedita a la misión

de la Iglesia, que ya está en pleno desarrollo. Juan, el último evangelista, es el que mejor recoge la identidad divina filial de Jesús, el que más resalta la donación del Espíritu, y el que ofrece un plan de vida, obra de Cristo y del Espíritu.

Finalmente, el capítulo séptimo se centra en las distintas interpretaciones que se han hecho sobre Jesús, su vida, muerte y resurrección, por autores que no fueron testigos de su vida. Pertenecen a una nueva generación, que recibe una tradición de los testigos oculares y que recrea el significado de su vida y muerte. El hecho de que no sean los primeros discípulos los que indiquen el sentido y significado de su muerte y resurrección, subraya la contingencia de Jesús en cuanto ser humano y su dependencia de sus seguidores, que se constituyeron como iglesia primitiva. Dios no desplaza al hombre para salvarlo, sino que, por el contrario, lo inspira y motiva para que contribuya a la salvación de todos. Es una nueva versión de la alianza entre Dios e Israel, que ahora es la de Dios con toda la humanidad. También se analiza la resurrección desde la experiencia actual, contrastando las preocupaciones que tuvieron los redactores de los evangelios con las preguntas que hacemos sobre la resurrección en el contexto de la modernidad. En este marco hay que plantear cuál es el significado último de la resurrección para el hombre de hoy, que tiene preocupaciones distintas de las que había en el siglo I.

Desde ahí se puede desarrollar la concepción paulina de la resurrección y el significado que le da a su cristología, así como la que ofrecen otros textos del Nuevo Testamento, como la carta a los Hebreos. Hay que analizar el influjo de la personalidad de Pablo en su interpretación de la muerte de Jesús, los condicionamientos de su teología y las consecuencias que saca sobre su propio apostolado y su lugar en la iglesia naciente. Las consecuencias de la resurrección son diferentes para los diversos escritos, aunque haya un núcleo común en todas las teologías, y deja abierto el campo para la creatividad posterior. De la misma forma que hay un cambio en lo referente a la concepción del reino de Dios, también lo hay respecto del mismo Jesús, cuya identidad plena se revela ahora.

Pero hay un peligro latente en las cristologías de los que no han conocido a Jesús, como Pablo o el autor de la carta a los Hebreos, y es que la nueva especulación teológica que ofrecen, desde unas coordenadas distintas de los evangelios, desplace el centro de gravedad del cristianismo e incluso deforme la síntesis de cada uno de los evangelistas. Si el nuevo eje del cristianismo es el binomio de muerte y resurrección, puede bloquearse el proyecto de construir el reino de Dios en Israel y en la humanidad. También puede darse una marginación del Jesús terreno en favor de la cristología del Cristo resucitado.

El Nuevo Testamento no se circunscribe al mensaje y a la vida de Jesús, recogiendo las nuevas aportaciones de sus seguidores, incluidos aquellos que no lo conocieron personalmente. El mensaje cristiano tiene que seguir siendo creativo y generar nuevas formas de aplicación y ofertas de sentido para los cristianos en los siglos posteriores. La imitación y seguimiento de Cristo marcan una dinámica evolutiva, que tiene un referente fundamental en el Nuevo Testamento, pero que no se cierra a él. Se abre a nuevas aportaciones y concreciones, como cuando el cristianismo se desarrolló en la sociedad romana y se inculturó en la cultura helenista. El proceso continúa abierto y constituye el reto fundamental para hoy. Por eso, no hay una cristología que las englobe a todas, ni siquiera la que posteriormente deriva del desarrollo de los dogmas cristológicos. Hay distintas dimensiones en la vida, muerte y resurrección de Cristo que llevan, ya en el Nuevo Testamento, a una pluralidad de explicaciones sobre quién es Jesús, cual es su relación con Dios y qué significado tiene para los hombres.

Desde esta perspectiva hay que analizar “La oferta de sentido del cristianismo”, que es el capítulo final. Se centra en un análisis de la sociedad contemporánea y parte de la necesidad de modelos que sirvan de referencia y de imitación. Sobre esta necesidad mimética se constituye buena parte del código cultural actual. La sociedad utiliza a personajes famosos, incitando a copiarlos comprando los objetos que éstos patrocinan. De esta forma, ofrece una oferta de sentido, basada en la adquisición de bienes de consumo.

El hombre del tener se impone al del ser y los deseos se canalizan hacia lo material, dejando en segundo plano las necesidades espirituales. De ahí la banalidad y superficialidad del modelo de vida de nuestras sociedades post modernas y la vaciedad de sentido que genera el código cultural que se nos impone.

El cristianismo no puede integrarse en este modelo social y tiene que ofrecer una alternativa de sentido. Se estructura en torno a la imitación y seguimiento de Cristo, que hay que analizar desde la perspectiva de su vida y muerte. Hay que estudiar ambas dinámicas, señalar su potencial para actualizar el mensaje cristiano y advertir sobre sus peligros y patologías. En este contexto se analiza la crisis actual de la Iglesia, los retos y posibilidades que tiene que afrontar en el tercer milenio y la oferta alternativa que puede hacer a los ciudadanos. Cristo es el modelo para los cristianos, también en lo referente a cómo relacionarse con la Iglesia y con la religión. Jesús vivió, luchó y murió por unos valores humanos, los que encierra sintéticamente el sermón del monte y las bienaventuranzas. En función de ellos hay que evaluar a las Iglesias, y no al revés. Hay que aprender a comportarse, siguiendo el ejemplo de cómo se relacionó Jesús con su religión y su sociedad. Se promueven unos valores humanos acordes con la historia de Jesús, que necesitan ser renovados y aplicados a un contexto social diferente del que él tuvo. Ahí está la tarea fundamental de las iglesias en el tercer milenio, tanto a nivel estructural e institucional, como en lo que concierne a su código de vida como oferta de sentido. El cristianismo ha pasado de una oferta de salvación de ultratumba a ser un proyecto de sentido en esta vida, abierto a la acción final de Dios tras la muerte. Pero se defiende un modelo de vida que vale en sí mismo, aunque no hubiera resurrección alguna, y que puede ser comprendido por todos. Jesús ha tenido una vida con sentido, desde la que nos ofrece su oferta de salvación. La resurrección es el anuncio de la victoria final sobre la muerte, que alcanza al mismo Jesús. Responde así a las necesidades existenciales humanas y se presenta como una promesa de sentido en base a un plan de vida.

1

LOS ORÍGENES E IDENTIDAD DE JESÚS

La pregunta por el sentido de la vida, por lo que hace que la existencia merezca la pena, es una cuestión universal, por el contrario las respuestas dependen de la cultura, la sociedad y el momento histórico. Son soluciones penúltimas para últimas preguntas. Las cuestiones se formulan de forma distinta según el contexto, apuntando a la felicidad, plenitud y realización personal y colectiva. Los interrogantes de sentido forman parte del código cultural, en el que se integran las religiones, que ofrecen criterios, normas, mandamientos y comportamientos, para dar un sentido a la vida, incluyendo la muerte. Responden a necesidades fundamentales del ser humano, materiales y espirituales, racionales y afectivas, ofreciendo orientación para una vida lograda. El cristianismo responde al sentido de la vida con una forma concreta de existencia, la de Jesús de Nazaret, vista desde la perspectiva de su resurrección. Este enfoque, una forma de vida concreta y el significado de su muerte y resurrección, constituye el núcleo de la oferta de salvación, actualizada a lo largo de la historia. La forma de vida cristiana se replantea hoy: ¿Qué puede aportar una vida de hace dos mil años a la problemática actual? ¿Es posible inspirarse en las narraciones bíblicas? ¿Se puede encontrar en ellas un sentido vital que interese incluso a los que no se consideran cristianos? ¿Dados los condicionamientos sociales y culturales, hay un proyecto que pueda tener relevancia para otras sociedades y épocas?